

Humanismo contemporáneo

(*Notas y reflexiones del Segundo Congreso Nacional de Filosofía de Chile, celebrado en Santiago en agosto de 1977.*)

MIGUEL DA COSTA LEIVA

I.—EL TEMA DEL HUMANISMO.

La problemática acerca del humanismo ha saltado hoy en día a un primer plano en el planeta. Ya no sólo es motivo de estudio y uso entre quienes han crecido en una atmósfera que consideran humanística, sino que también se esgrime en la gran política internacional como fuerte arma ética en función de fines pragmáticos bien definidos. No resulta fácil llegar a concitar un parecer común en la definición de este humanismo por cuanto la cultura contemporánea —consciente o inconscientemente— ha ido alejándose de este gran ideal clásico y, lo que es peor, perdiendo de vista su vital significado. Desde luego, el humanismo que reclama sentar una autoridad en nuestros días no es el mismo que corresponde a movimientos análogos que nacieron en las postrimerías del medioevo y especialmente en el renacimiento, pero sin embargo, algo hay en él que lo conecta a un tronco común y originario.

El término “humanismo” expresa en todo caso un interés preferente y una muy especial preocupación por el hombre, por lo humano. A pesar de esta constatación no significa esto, sin embargo, que el humanismo debe ser identificado sin más con el estudio del hombre. Esta especial dedicación al hombre suele conocerse con el nombre de “antropología” y bien claro es que la expresión “humanismo” nunca es entendida como mera equivalencia de “antropología”.

Los primeros en ser llamados “humanistas” fueron filósofos, filólogos y eruditos italianos que trabajaron durante el siglo XV. Se les adjudicó esta expresión porque buscaron determinar cuáles eran “las cosas más humanas” (los humaniora) y, en consecuencia, cuáles debían ser las actividades más propias del hombre (los studia humanitatis). La raíz de esta preocupación se debía a que en ese tiempo no existía acuerdo acerca de estas cosas y por ello se planteó una profunda discrepancia respecto de cuál debía ser el sentido que debía tener el estudio del hombre y la naturaleza. Mientras los médicos del siglo XIV y XV (muy diferentes a los de hoy) sostenían que la tarea suprema del hombre consistía en el estudio teórico de la naturaleza, los humanistas recabaron que esta tarea estaba en la acción dentro de la sociedad civil. Por eso es que opusieron a la medicina de entonces, fundada en Aristóteles, el cultivo del derecho. La historia demostró más tarde que estos defensores de la jurisprudencia tuvieron la razón y por eso justamente recibieron el nombre de “humanistas”.

II.—LAS HUMANIDADES.

Hoy en día se habla de las “humanidades” para referirse a determinados estudios y preocupaciones específicas. En un sentido general estas humanidades pueden ser consideradas como herederas directas de los “*Studia humanitatis*” del siglo XV. Pero, sin embargo, son muy distintas sus preocupaciones y hasta su temática. Nuestras humanidades contemporáneas ya no son las mismas de los humanistas del Cuatrocientos y distan mucho de identificarse sólo con la jurisprudencia; incluso hasta se oponen a las hoy llamadas “ciencias sociales”. Ya no tienen una actitud precisa respecto a los problemas que se le presentan al hombre del presente e incluso la definición de su esencia es problemática frente al deterioro de poder y autoridad que ha

experimentado ante el desarrollo inusitado de otras preocupaciones humanas como son la ciencia y la técnica. Parece ser que lo único que queda de este pasado es el interés por la historia y por las lenguas y literaturas clásicas. ¿Pero es esto únicamente lo que pueden ofrecer las humanidades en el presente? La crisis contemporánea del humanismo, ¿representa en algo esta pérdida histórica de las humanidades en beneficio de otros fines? No cabe duda que la confusión en estos asuntos está dada por el cambio de giro que han experimentado los fines que el hombre dio a sus necesidades históricas. El "sentido" que cada uno de nosotros le da a su vida, sea en su proyección trascendente, como en la preocupación cotidiana del trabajo y adjudicación de bienes y servicios, dista mucho de lo que fue en el pasado. Vivimos una era de progreso y confort donde la acción pragmática de cada hombre está sellada en buscar mejores y mayores bienes y en eso gastamos la vida, olvidándonos del significado que tales bienes deben tener justamente en el centro de esta vida. La pérdida de lo estrictamente humano es el tema del humanismo contemporáneo, producto de una confusión de fines que nos legaron las humanidades clásicas al no poder constatar con la rapidez necesaria los problemas que el desarrollo de la ciencia y la técnica deparaban al hombre actual.

III.—LA CIENCIA Y EL HUMANISMO: LA RAIZ DE LA PROBLEMATICA ACTUAL.

En el 2º Congreso Nacional de Filosofía se debatió arduamente el tema de la Ciencia y el Humanismo. La elección de estas dos preocupaciones vitales del hombre actual no fue hecha al azar. Corresponde a la dicotomía planteada a uno de los problemas cruciales de la contemporaneidad que urge resolver. Vivimos un mundo donde la marcha ascendente de la ciencia y las tecnologías nos maravillan, por cuanto nos dan eso que en términos generales llamamos progreso. Por lo mismo, estas dos actividades gozan de gran prestigio y quienes las ejercen se erigen como los rectores de la humanidad, como si toda acción del hombre naciera y muriera en función de la ciencia y la técnica. Este consenso se ha planetarizado fundamentalmente por los resultados empíricos que podemos obtener de ellos. El progreso y desarrollo de la ciencia ha permitido satisfacer de un modo creciente las necesidades y placeres del hombre, alargando in-

clusiva sus posibilidades de vida. La técnica, por su parte, ha dado comodidades y proporciona, de hecho, expectativas que hace algunos siglos eran sólo utopías. Hasta la cultura espiritual se ha visto beneficiada con este desarrollo, al proporcionar la posibilidad de hacer accesible a una gran masa la producción de la alta literatura y de las obras de arte acuñadas por el genio humano. De este modo la ciencia y la técnica se han apoderado de la existencia humana y contradecir esta aseveración u oponerse a ella resulta herético y hasta se corre el riesgo de ser llamado ignorante. Todo el mundo piensa que si de la noche a la mañana dejara de hacerse ciencia o si la tecnología dejara de dar sus productos nos encontraríamos con una especie de barbarie que al parecer nadie desea.

Util es consignar, sin embargo, que esta misma ciencia y tecnología han coadyuvado, con creces, a la eclosión de una crisis que cada vez se hace más evidente: que el ser humano y hasta la misma vida pueda desaparecer del planeta.

IV.—LA PERDIDA DE PODER Y AUTORIDAD DEL HUMANISMO.

En el siglo XVII, cuando la ciencia moderna comenzaba a expresarse, Francis Bacon se dio cuenta de que en ella se planteaba el juego del poder. Su pensamiento precisamente quedó condensado en la fórmula “saber es poder”. Entendió por poder la capacidad que tenía la ciencia de ponerse al servicio del hombre transformando el mundo mediante sus aplicaciones técnicas. Y esto es en gran medida lo que se ha hecho hasta el presente. La ciencia adquirió un poder que fue más allá de la intención originaria instrumental que le dieron sus iniciales creadores. Un poder que copó la mentalidad del hombre olvidando el “para qué” de las acciones. Se sumó a lo anterior la autoridad que se arrogó en los espíritus. Autoridad y poder no es lo mismo. Estos dos valores fueron típicos de los humanistas. Cuando vino este desarrollo científico pasaron a ser patrimonio de la ciencia y la técnica. Sus exponentes miran hoy día con desdén al humanista. Unas de las pocas instituciones sociales que les dan cabida aún a los humanistas son las universidades, pero los envían al patio trasero de la casa y no los toman en cuenta en las grandes decisiones. Cuando se les pide su opinión lo hacen por simulada cortesía o llanamente desprecian sus palabras en pro de un positivo pragmatismo y progreso. El hecho es que hoy las humani-

dades y los humanistas no tienen poder ni tampoco autoridad. No se les escucha. En cambio, nuestro tiempo parece distinguirse, entre otras cosas, porque se le reconoce autoridad y se le da poder a la ciencia. Las necesidades y exigencias de las humanidades se subordinan a otras exigencias y necesidades a las que se les asigna carácter prioritario. Las consideraciones de tipo económico, administrativo y político les dan rumbos a las decisiones en todos los niveles de la contemporaneidad. Entre la opinión de un economista y el parecer de un historiador, entre el juicio de un ingeniero y el de un filósofo es fácil colegir cuál ha de prevalecer. Y hay hasta razón en ello si se toma en cuenta la dirección que lleva la cultura occidental. Por eso es que las humanidades se ven enfrentadas con mayor fuerza a la amenaza real de escoger a someterse al imperio de estas consideraciones externas o desaparecer del mundo intelectual.

V.—EL HUMANISTA FRENTE A LA CRISIS DEL HOMBRE CONTEMPORANEO.

En todos los niveles de la vida actual se destaca de tiempo en tiempo la existencia de una crisis que se desplaza en casi todos los órdenes que tienen relación con el hombre, y más allá de él, a la naturaleza y el resto de los vivientes. Cuando se habla del desequilibrio ecológico, por ejemplo, se expresa un hecho que es tal vez más fácil de percibir al ojo humano, pero que no es el único. Existe una crisis fundamental que va desde la propia existencia del hombre, pasando por la sociedad hasta llegar a la naturaleza. En esta crisis, aunque parezca extraño, algo tiene que decir el humanista. Nuestra perspectiva humanista observa con consternación y alarma cómo la sociedad de los hombres es amenazada hoy desde todas las direcciones. La estructura material de la técnica —las fábricas y sus productos—, que ayudan precisamente a que la vida sea más larga y placentera, van envenenando paulatinamente el medio ambiente más vital para la vida como es el aire y el agua. Por otra parte, las armas que intentan defendernos de amenazas foráneas amenazan también destruir en forma masiva todo lo viviente del planeta. Incluso la organización política nos amenaza, por un lado, de caer en la más absoluta anarquía, o en un despiadado totalitarismo, por otro. Ahora bien, cuando el humanista constata este tipo de cosas y procura definir su posición para una eventual rectifica-

ción de este estado de cosas, se le tilda de sospechoso o, en el peor de los casos, no se le da credibilidad a sus palabras que en cierto modo tienen algo de profético. Priman, por encima de consideraciones realmente humanas, intereses secundarios, pero prioritarios en cuanto a consideraciones de orden económico y pragmáticos. El desaliento y el abandono es lo peor que le puede pasar a un humanista, y es lo peor también que le puede pasar a una sociedad cuando una categoría significativa de sus miembros abandona la lucha aun antes de haber combatido.

VI.—HACIA UNA DEFINICION DEL HUMANISMO CONTEMPORANEO.

Hoy en día se habla de “humanismo” con mucha soltura, sin recabar siquiera el significado estricto que pueda tener en estos tiempos tal concepto. Pero, ¿qué significa realmente humanismo? Sin pretender dar una definición exacta, digamos en un sentido muy general que el humanismo no constituye otra cosa “que el despliegue de las propias posibilidades del hombre; de sus fuerzas creadoras en relación consigo mismo y con los demás, que le conducen a realizarse interíormente al tiempo que le obligan a renovarse, sobre todo para acomodarse a toda nueva situación y a los aspectos que de ella derivan”. Un humanismo de esta naturaleza facilita el desenvolvimiento de una concepción humana más elevada, de los dones primigenios del hombre original y auténtico. Cada cultura, cada pueblo, tiene sus propias exigencias en tal sentido como obligaciones de orden categórico que bien pueden definirse como “valores básicos” del hombre a que postulan. Hace posible además que desde aquí emergan elementos diferenciadores de cada cultura o pueblo para hacer coincidir eso principal que llamamos “familia humana” a través de ciertas actitudes básicas fundamentales. Estos imperativos básicos obligan a dar un “sentido” esencial a la vida humana. Hay pueblos, por ejemplo, que han acumulado valores dignos del mayor respeto que obran como imperativos necesarios para una buena existencia humana, como son los de fidelidad, veracidad y generosidad. La historia de la humanidad nos enseña en forma bien ilustrada que las exigencias de un humanismo constituyen la condición básica para el despliegue beneficioso de un desarrollo positivo y creador de las culturas y de las fuerzas de irradiación de éstas en todos los ámbitos, exigencias que propor-

cionan al ser del hombre su satisfacción última, siendo las únicas que dan un contenido a su vida y a una motivación final.

VII.— LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE.

El humanismo contemporáneo se nos aparece como algo desperdigado. Se le encuentra sólo en los dominios adyacentes del hombre. A veces se le quiere hacer aparecer como fuente inspiradora de la unión social. Se le encuentra fundido históricamente en la mayoría de las actitudes religiosas del ser humano. Incluso muchos lo niegan formalmente y así hablan de un "vacío sin sentido" o de un "distanciamiento del ser". Sin embargo, el humanismo existe porque el hombre necesita tener una oportunidad. Y esta oportunidad se nos aparece tremadamente necesaria en el presente. La protesta planteada por los humanistas no hace más que poner en evidencia la protesta por la deshumanización del hombre y la amenaza apocalíptica que ya no es utópica ni de ficción, sino que se evidencia en signos alarmantes para el hombre de hoy. La raíz metafísica de la problemática actual es inquietante, especialmente por sus resultados, y el humanista, el filósofo, no puede quedar impávido frente a ella porque está en juego el destino último, no ya del hombre individual, sino de toda la familia humana. Se ha perdido de vista al hombre en este trajinado desarrollo científico-tecnológico. El bosque finalmente opacó a los árboles. Urge reanudar su descubrimiento. En la búsqueda, no ya de un "mejor" destino del hombre, sino de un "sentido" a su destino, debe tenerse presente que la esencia del hombre y sólo ella constituye la última base de interpretación de la realidad y de toda acción pragmática (por lo menos, mientras no nos demuestren lo contrario).

VIII.— EN BUSCA DE UN SENTIDO DE LA VIDA HUMANA.

El hombre se ha perdido, tal vez, porque ha analizado aquello analizable sólo mediante la óptica de un intelectualismo puramente formal y ha interpretado la realidad y a él mismo como parte de ella a través de una visión puramente mecánico-matemática. Esta perspectiva tremadamente subyugadora por sus resultados es, no obstante, una muestra parcial de la realidad, parcialidad que cada vez se hace más patente. A través de ella el hombre ha perdido su íntima esencia, su estricto contenido,

para decirlo mediante una expresión griega, ha perdido su "ethos", su misma "significación humana". Así es como se ha producido la deshumanización, el vacío interior, la desesperanza, la conciencia que se anda a ciegas. A través de esta deshumanización se ha llegado —como apunta Von Rintelen— a un "cientifismo elemental", incluso a una "voluntad de dominio", llegando a despreciarse aquello que precisamente hace que la vida del hombre, individual o colectivamente considerado, sea digna de ser razonablemente vivida. La vida ha perdido su "sentido". Por eso es que el problema del "sentido o significado" debe ascender al primer plano de nuestra reflexión. La esencia del sentido parece ser cambiante. Lo que tiene sentido hoy no lo tiene mañana. Lo útil, por ejemplo, inspirador de grandes acciones humanas, tiene una importancia relativa al tiempo y al espacio. De ahí la precariedad y parcialidad en hacer reposar en él la esencia humana. La cuestión del sentido es válida ante todo para el ser del hombre, para alcanzar en el sentido del humanismo el máximo desenvolvimiento posible.

IX.—LA "ESPERANZA" COMO TEMA DE LA PROBLEMATICA ACTUAL DEL HOMBRE.

En pos de una definición de humanismo contemporáneo, inexorablemente deberemos arribar a una búsqueda de la esencia del hombre. En esta última problemática tendremos que encontrarnos con muchos caminos al darnos cuenta de que esta esencia, al igual que el humanismo, tal vez llegue a ser trascendente. En el Segundo Congreso Nacional de Filosofía, Wagner de Reyna se preguntaba si la trascendencia dialéctica llegaría hasta el extremo de que la negatividad se haga absoluta en su dominio de la inmanencia. Ante esta pregunta metafísica el hombre cotidiano se obliga a tomar algún partido, buscar alguna salida. Al igual que el mito griego, se plantea a lo menos la posibilidad de la esperanza en la caja de Pandora actual. ¿Será esta esperanza estrictamente humana?... ¿o será sobrehumana y trascendente? Es una inquietante respuesta que necesita ser pronto contestada. En todo caso, lo anterior pone de manifiesto que otro de los grandes problemas vitales del hombre contemporáneo, enraizado en el tema del humanismo, es el tema de la esperanza.

Casi espontáneamente el concepto humanismo despierta asociaciones relativas a la humanidad. Von Rintelen señala que la humanidad debemos considerarla en un sentido de "realización concreta de los imperativos del humanismo como protección personal". Así concebida, la humanidad se nos enfrenta como una conducta a seguir, completa, que encierra al mismo tiempo el servicio a los demás. Esta entrega al prójimo es decisiva para la conducta humana y posibilita un tipo de encuentro auténtico y fructífero que no se puede determinar por la técnica ni tampoco por la economía. Este tipo de experiencia se realiza en la cotidianidad, independientemente de la nación o cultura en que se está inscrito. Justamente es en esta disposición y entrega a los demás en donde radica el concepto de humanidad, la que no hay que confundir con el simple interés por el bienestar general o comunitario que también se puede tener. La perdida ontológica del humanismo contemporáneo, al perder de vista la esencia del hombre, ha traído como consecuencia que esta conducta humanitaria se vea fuertemente amenazada en el presente. Y se ha protestado contra este estado de cosas. Las jóvenes generaciones han catalizado este hecho reclamando por la falta de sentido que tienen las acciones humanas y, sobre todo, por la soledad a que ha arribado el hombre individual de hoy, por la falta de salidas y oportunidades, y hasta por la propia seguridad física. Esta angustia de la inseguridad y soledad del hombre contemporáneo no da paso a esa alegría y optimismo innatos que tiene la especie humana. Como que el hombre se ha olvidado de reír al pensar en la inconsistencia de todo y al verse desposeído de toda orientación espiritual y humanitaria. Por eso es que el mismo hombre se transforma en fiera rabiosa, sintiéndose capaz de llevar a cabo cualquier acto negativo, aunque involucra la vida inocente de otros y, al mismo tiempo, se convierte en un ser absolutamente intolerable.

No nos extrañemos entonces porque el hombre de hoy sólo presta interés al prestigio que le da su cuestionable bienestar, al tipo de automóvil que puede poseer y la posición que ocupa en la vida pública. En vez de darle un contenido a la vida, se siente liberado de toda responsabilidad en relación con la comunidad.

XI.—EL VALOR DE UNA CONDUCTA HUMANITARIA.

Una de las consignas que se ha arraigado fuertemente en la conciencia del hombre podemos resumirla en el adagio popular siguiente: "mientras más tienes más deseas". Los antiguos planteaban como ideal supremo del hombre la accesibilidad a un estado de moderación que más se compaginaba con la felicidad que andaban buscando. Hoy, por el contrario, se quiere llegar siempre a los extremos, de ahí la crisis humana que se hace evidente. Como que el hombre ha quedado vacío de toda humanidad, hueco, en su esencial sentido; no mira más que la satisfacción de la propia necesidad vital, su provecho. En lugar de darle un contenido a la vida, busca lo secundario, lo instrumental para ella. De ahí que la mayoría se considere liberada de toda responsabilidad en relación a la comunidad, sintiéndose, a lo sumo, pieza de un mecanismo social que no entiende ni quiere entender. El hombre necesita salir de este estado, por imperativo histórico; debe buscar los valores que constituyen el contenido de la humanidad, aquellos valores que aunque no sean demostrables físicamente pueden llegar a ser claramente definidos. El amor al prójimo, como valor fundamental de la humanidad, puede plasmarse en grados muy diversos y experimentarse en dimensiones de profundidad diferentes. La conducta humanitaria que de estos valores emana, abarca todas las facetas de la actividad en que el hombre se empeña. Ha cobrado especial acento en el presente el uso de esta conducta, sobre todo en el sector económico, en un sentido social, en el orden estatal y de gobierno, en la educación, en el cuidado de los enfermos, niños y ancianos, etc. Este humanitarismo ético es posible únicamente cuando se toma conciencia del sentido total que debe tener el ser humano en el mundo, desarraigando la visión parcial y fragmentaria a que nos conduce todo extremismo y que parece ser la tónica de hoy. En otras palabras la "humanidad" viene a ser la concreta realización, interior y exterior, de eso que llamamos "humanismo".

XII.—LA PRESENCIA DE UN HUMANISMO AMERICANO.

El panorama desolador y pesimista que nos reporta el estado actual del humanismo, ¿qué nos dice con respecto a nuestro entorno geográfico, cultural y hasta casi idiomático de América?

En el Segundo Congreso Nacional de Filosofía se afirmó la existencia de una especie de humanismo que ha ido emergiendo en este continente. Se ha planteado la necesidad de discutir el carácter distintivo que éste pudiera tener, para diferenciarlo del tronco común de lo que generalmente se llama cultura occidental. En su especificación se han inventariado algunos de sus rasgos más gruesos y que han servido, hasta el momento, para iniciar la presencia de América, en especial de Latinoamérica, en el escenario mundial. Hay constancia de que la autoconciencia latinoamericana es aún precaria, debido a su carácter fragmentario. Así tenemos que cada cual experimenta una verdadera "sorpresa" intelectual y hasta emotiva cuando "descubre" el ingrediente autóctono de este continente, personificado por el indígena. América Latina se nos presenta con elementos exhaustivamente típicos y diferenciadores con respecto a otras regiones del planeta, pero preferentemente de Europa, de la cual dependemos culturalmente. Así tenemos que la desmesura con que se hace patente la naturaleza, la hegemonía de la emocionalidad frente a la pura razón, etc., son aspectos de América que ya han tenido un cauce de expresión, de preferencia en el arte, hasta este momento. La pintura mexicana, la novela venezolana, la poesía chilena son buenos exponentes de este descubrimiento de lo nuestro. Nos falta, sin embargo, la expresividad filosófica. Es cierto que América Latina ha dado magníficos humanistas, pero aún no se perfila un filósofo de la estatura de aquellos genios que la historia universal recoge como paradigmas. Pero no olvidemos que somos un continente joven, en donde aún se están acrisolando las nacionalidades genéticas. Se perfilan, por lo tanto, buenos síntomas. Habiendo sido llamada América en muchas oportunidades el "continente de la esperanza" y siendo justamente la esperanza el centro de la problemática humanística contemporánea, subsiste la exigencia perentoria de apurar reflexivamente esta presencia de América en el mundo a través del pensamiento puro.

XIII.—AMERICA Y EUROPA.

El anhelo de apurar la presencia de América en el mundo no deja de tener signos trágicos. Nacida la cultura americana del confronte de a lo menos dos troncos originarios, lo europeo y lo autóctono, tenemos la insufrible tendencia a ser demasiado

permeables a uno de estos extremos. Hay quienes abogan por un rompimiento abrupto de lo europeo con el objeto de expresar nuestra auténtica raíz originaria, oriunda de la plenitud de los Andes, selvas y pampas de este continente, sin recordar siquiera, en esta intención, el papel modelador que en la formación de estos pueblos ha jugado la lengua común, la religión y hasta la raza que aportaron los conquistadores y quienes los siguieron. Idéntica postura se esgrime, en el sentido opuesto, por aquellos que sólo consideran digno de tomarse en cuenta los elementos que vienen desarrollándose desde las fuentes más remotas del occidente: Grecia, Roma y el Cristianismo. Tenemos que afirmar frente a ambas posturas que nuestra propia fisonomía e identidad americanas deben arrancar del encuentro fructífero entre lo europeo y lo autóctono. Sólo así acrisolaremos algo que tenga realmente un significado *americano*. En este respecto, al parecer, estamos aún en los prolegómenos. Frente al agotamiento del pensamiento europeo, que inquieta en profundidad a algunos por estar éste asociado con el pensamiento del resto del mundo, debe levantarse esta reserva espiritual de América, remozada, recogedora de los mejores valores de la cultura occidental, pero con un acento propio, americano, en suma. Ello conlleva reivindicar primero al hombre americano y sobre él construir una especie distintiva de humanismo que apunte hacia el futuro. No debe olvidarse, en este aspecto, el carácter *generacional* que tiene lo americano en el contexto general de la cultura occidental. América debe ser un paso más en el desarrollo. La tarea de encontrar lo americano no se ha presentado oportuna hasta el momento, pero una actitud positiva para ello es hurgar con pasión en aquello que existe en la base. América ha sido uno de los pocos continentes que asimiló la cultura europea, como no lo hicieron África, Asia, etc., en donde Europa se hizo presente. Esto no significa que América no haya tenido una cultura previa o autóctona. La tuvo y bastante desarrollada. En este sentido, América ha sido más fiel al espíritu de la tradición occidental, a veces más que la propia Europa, la que en no pocas oportunidades ha perdido de vista y hasta renegado de su propia identidad. Esta aparente dicotomía de América y Europa obliga a extender la reflexión sobre el destino mismo de Europa: ¿se ha llegado a un punto muerto en el desarrollo espiritual de ésta? ¿Podrá desarrollarse más? ¿Qué pasará finalmente con Europa? Son preguntas que nos tocan tangencialmente por

cuanto Europa planetarizó la humanidad mediante su cultura. Tal vez el encuentro que América haga de su propio destino ayude al final al reencuentro de Europa con su propia identidad.

XIV.—LA TAREA DEL HUMANISTA.

¿Qué puede hacer el humanista hoy para que se le escuche? ¿Puede el humanismo recuperar la autoridad de antaño? Son preguntas inquietantes para el destino del humanista y, por extensión, para el tipo de pensamiento que éste promueve. Es fácil caer en el escepticismo y hasta en la mudez en este tipo de cosas. Pero ello significa comportarse como el avestruz. El sólo exponer esta problemática significa ya que algo pasa a través de nuestras conciencias críticas. El exceso de organización termina finalmente destruyendo cualquier dialéctica, por eso los humanistas, o quienes se identifiquen de algún modo con los ideales del humanismo, tienen la obligación de hablar de estas cosas. Hay que hacer conciencia en la sociedad de la pérdida del sentido, de la existencia del hombre y de su racionalidad en sus acciones pragmáticas. Salir de esta trágica circunstancia actual, que nos puede llevar al desaparecimiento total, es un buen camino para que los humanistas conviertan la esperanza en una realidad fructífera que haga del futuro humano algo digno de ser vivido.

